

La Universidad, la Política y el Comercio

Por Carlos Mario LONDOÑO

En todas las naciones que forman la hispanidad se está operando un movimiento de perfección universitaria que pretende calar en las raíces mismas de la cultura. En España, los muy ilustres pensadores José Ortega y Gasset y J. López Ibor, han planteado el problema a los hombres cultos y a los gobernantes. Sobre el mapa universitario de nuestra América han aflorado las voces más autorizadas para tachar la orientación actual y mostrar rumbos distintos, más acordes con las necesidades nuestras, que satisfagan los verdaderos propósitos de la cultura. Todas las obras que sobre la Universidad se están escribiendo orientan sus miras hacia la cooperación y mutuo entendimiento entre las falanges universitarias. Pretenden que la Universidad se coloque en el centro de influencias nacionales, de donde dimanen las orientaciones y los prospectos de acción para el engrandecimiento patrio. Porque debè entenderse que la Universidad es el termómetro más fiel para medir los grados de auténtico progreso de una nación. El espíritu que anima un conglomerado humano tiene que estar aquilatado en las disciplinas que fluyen de la Universidad, para que su vocación se dirija a cumplir una misión trascendental. No es posible aguardar resultados benéficos de quienes no han madurado su inteligencia en la vigilia tensa de las aulas, o en el callado refugio de la meditación y la investigación. En muchas circunstancias los gobernantes flaquean e interpretan las funciones de gobierno en un sentido de lucro y pitanza y no de servicio y conveniencia general, por la floja contextura que adquirieron en el aprendizaje universitario.

Sin duda alguna, en la América Hispana, la Argentina ocupa el primer lugar en el orden de la cultura. En todos los sectores de la opinión se contempla a la educación como el factor más decisivo

en el orden de progreso nacional. Una inquietud permanente agita los espíritus en la persecución de métodos mejores y que consulten las necesidades presentes de la nación argentina. Los rectores de las universidades viven en constante buceo y observación, penetran en la médula misma de las dificultades y aportan las soluciones apropiadas. Los argentinos se enfrentan a la vida rebeldemente y con voluntad creadora. Se oponen al anquilosamiento con las energías que reclama el acelerado devenir de los acontecimientos trascendentales. La historia argentina brota saturada de un profundo sentido de interpretación de los valores positivos que encarnan las aspiraciones nacionales. De ahí su posición obstinada en el logro de muchas empresas que la caracterizan como nación productora de cultura autóctona. Esto lo ha conseguido con el decurso del tiempo y la perseverante labor que viene recorriendo una trayectoria ascensional desde Sarmiento y Alberdi, sus primeros propulsores, hasta la hora actual, que es una brillante promesa para el porvenir. En la Argentina se ha cumplido fielmente el certero pensamiento de Laín Entralgo: "En el orden intelectual es preciso, es urgente, acentuar la nota de rebeldía. Necesitamos vivir inquietos. Ahora que una nueva era comienza, hay que lanzar al mundo nuestras verdades, las únicas verdades auténticamente revolucionarias. Es preciso purificar nuestras mentes y nuestros corazones, y para ello nada mejor que una cristiana rebeldía contra todos los pozos de cobarde adocenamiento que depositó sobre aquéllas un siglo de vida encendida y falsa".

En todas las producciones argentinas se advierte esa inconformidad creadora que hace nacer los mejores proyectos y cuajar las ideas más fecundas. El ilustre rector de la Universidad Nacional del Plata, Doctor Alfredo L. Palacios, trae en su reciente libre "Espíritu y técnica de la Universidad", estas apreciaciones severas: "Desgraciadamente, las universidades argentinas no han existido como instrumento de alta cultura. Faltó la unidad espiritual en el conjunto heterogéneo de las facultades integrantes. La Universidad ha sido, en gran parte, un archivo venerable del pasado en el cual se depuraba y transmitía la tradición del saber. Constituía, así, un organismo estático, de espaldas a la vida, en reverencia ante el clasicismo, cultivando en sus alumnos sólo la capacidad de admirar y retener. Lentamente el clasicismo fué desplazado por las ciencias experimentales y la antigua actividad reverencial fué sustituida por un frenético utilitarismo y una mecanización creciente. Y de este modo, lo que ganó en modernidad y practicismo, lo perdió en alma. Es urgente que dotemos de alma a la Universidad, pero no restituyéndole la del pasado, sino infundiéndole un sentido moral de la vida y trocándola en laboratorio del futuro. La formación de la personalidad de sus alumnos, no podrá hacerlo por medio de la ciencia, y menos aún de la técnica profesional, sólo será posible por medio de la cultura, que es vivencia integral de los espíritus. El fin de la Universidad ha de ser la elaboración de la cultura para la realización interior del hombre. Como un

grado inferior de ese "saber culto" definido con justeza por Max Scheller, debe impartirse la ciencia pura, que es una herramienta del espíritu, el medio que tiene el hombre a su alcance para adelantar en su dominio creciente sobre la naturaleza. Después viene la técnica profesional, el conocimiento de una profesión que capacite al alumno para que pueda ser útil a sí mismo y a la sociedad en que se ha formado. La estructura jerárquica de esas tres formas del conocer, es una obra ardua, que más que producto de leyes o de estatutos se obtendrá de la acción de los maestros, pero que no puede realizarse sino se le reconoce a la Universidad toda su inmensa importancia, como eje virtual de la vida colectiva. **La Universidad debe formar la conciencia nacional**". En esta forma se hace una crítica a lo existente, con ánimo de creación y alto enfoque de la realidad.

La formación de una conciencia nacional es el más urgente imperativo de la Universidad moderna. No es posible construir patria y ensanchar los jalones de la historia de una nación, hincada la inteligencia en aspiraciones difusas e incoherentes. Las naciones tienen que poseer, a la vista y bien perfilados los principios que estructuran sus aspiraciones y el rumbo que han de seguir. En esta forma las generaciones modelan su vida, ceñidas a un programa de realizaciones, y el significado de vivir se traduce en permanente esfuerzo de aquilatamiento y fervorosa y fecunda siembra de empresas magníficas. Plasmadas las fuerzas vivas de la nación en moldes de equidad y unidad, al pendón libertario de la democracia seguramente encontrará los caminos propicios a un reajuste de todos los valores positivos, que son indispensables para el logro de un progreso metódico y acorde con las exigencias que la época impone.

Pero no es posible dentro del actual orden universitario llegar a una concreción de los deseos y esperanzas comunes. Puede decirse, sin caer en exageración, que la Universidad hispano americana desconoce los problemas nacionales; de esta anomalía se quejan los educadores de todos los países. Al afirmar que la Universidad está en la obligación de palpar y escudriñar los problemas nacionales, no queremos caer en la vulgar apreciación de querer convertir nuestros centros docentes en meros talleres de artes y oficios, o en laboratorios de pobres y trancos menesteres materiales. De ningún modo. La Universidad debe ser, ante todo, la catedral del humanismo y la sabiduría. El practicismo únicamente, sin ligamentos con las ideas generales, es un islote sumergido en el océano de la cultura y sin anclajes posibles en el alma y la tradición de los pueblos. Aspiramos, como Ortega y Gasset, a que la Universidad prodigue cultura integral; a que sea "el sistema de ideas vivas que cada tiempo posee". "La Universidad de hoy debe esforzarse por adaptar su función a la marcha del tiempo. La Universidad ya no está situada fuera de la vida, como las universidades medievales, sino en medio del mundo y de la vida; ya no es convento ni huerto cerrado, sino campo abierto a todos los vientos del saber. Por eso cabe decir que el saber universitario —suma de los saberes individuales que son vectores de ese

saber total. Es fuente de derecho de toda actuación inteligente de la sociedad, para la cual la Universidad vive vinculatoriamente y en común". O como dice Scheler "que ha llegado la hora en el mundo de que se integren las tres formas del saber: el saber culto (o humanismo), el saber de rendimiento (o de resultados prácticos), y el saber de salvación". Sólo bajo el signo de esta integración podrá erigirse la futura historia de la cultura humana, "no bajo el signo de una repulsa partidista que rechace cierta especie de saber en favor de otra, ni bajo el signo del exclusivo fomento de lo históricamente peculiar a cada círculo de cultura".

Principia a manifestarse una tendencia de especialización profesional entre los estudiosos de temas universitarios, dejándose ver en unos su afán de descoyuntamiento y parcelación entre las distintas ramas del saber, y en otros, la tendencia a la unidad y el equilibrio. Quienes opinan que la Universidad puede integrarse con facultades aisladas y dispersas sin un espíritu que las arroje e identifique en un mismo ideal de unidad y de grandeza, están muy lejos de comprender el verdadero fin de la Universidad, que es formar hombres integrales para la vida y la eternidad. Con razón afirma el ilustre catedrático español López Ibor: "En la nueva Universidad no han de figurar las Facultades yuxtapuestas como en un mosaico. Deben cesar los compartimientos; no en la organización, sí en el espíritu. No debe cada una estudiar una realidad distinta, **sino todas la misma realidad desde un punto de vista distinto**. La doctrina tendrá así, por dentro el esquema de una pirámide, que va a dar a esa fuente escondida de la unidad suprema. Sólo entonces se podrá hablar de Universidad. No hay que estudiar toda la realidad del mundo en una célula —especialismo que conduce a pensar que no hay más que aquéllo—, sino una célula como si en ella estuviese reflejada toda la realidad del mundo, engarzada en ella. El estudio no pierde así en agudeza. Gana, en cambio, en jerarquía y perspectiva". En las mismas ideas está acorde Liard, cuando escribe: "En las Universidades, las Facultades, aún individualizadas, no son compartimientos cerrados e impenetrables: pueden compararse a los frutos tabicados. En efecto, en éstos, las partes en que se dividen, tienen paredes comunes y permeables y todas se abren en el mismo corazón central; de ahí un cambio continuo, una endósmosis y una exósmosis incesantes. Así también en los Institutos o Facultades, todo lo que pasa en uno repercute en el otro; las distintas ramas del saber que en ellos se enseñan reaccionan recíprocamente: las matemáticas sobre la física, la física sobre la química, la química sobre la biología, las ciencias de la naturaleza sobre las ciencias del espíritu, las ciencias propiamente dichas sobre el arte y la literatura" (citado por Alfredo Palacios).

LA POLITICA

Además de los males del profesionalismo y el especialismo que asaltan la Universidad, y especialmente este último, que en opinión de

Ortega y Gasset "ha destruído la unidad vital del hombre europeo", la política se cierne como el más fulgurante y destructor. Es un ensayo titulado "Fundamentos Pedagógicos para una economía cooperativa", de reciente publicación, manifesté al respecto lo siguiente: "Nada más destructor de la bondad y desinterés del joven que la prematura intervención en la política de partido. Principia por ariscar el odio y la envidia entre sus compañeros, alejarse de los libros y de sus deberes, a enseñarse al triunfo fácil, a la posición representativa que no está respaldada por los conocimientos y las ideas medulares para terminar en el fracaso haciendo uso de componendas y malabares indecorosos. El político que ha nacido y madurado en este proceso es el que nunca seguirá una doctrina por sus dogmas, sino por el hilo negro de los odios. Con razón afirmó Caro: "Los partidos políticos en Colombia son odios hereditarios". Y convencidos de esta evidencia los máximos educadores de todos los países reclaman independencia y libertad universitarias, y ninguna ingerencia de la política partidista en la Universidad. Daniel Martner en su interesante artículo: "Acción de la Universidad en la Política Económica Nacional", publicado en los Anales de la Universidad de Chile, conceptuaba: "La Universidad es un centro de estudios que proyecta luz de verdad. **Es menester mantenerla ajena a las luchas de los partidos políticos.** La Universidad debe ser autónoma. La autonomía universitaria, que requiere libertad para elegir sus profesores y para que éstos den a conocer libremente sus pensamientos y sus doctrinas, todo ello en armonía con los bien entendidos intereses de la cultura y del desarrollo espiritual de la colectividad. La libertad de enseñanza ha sido, a través de los siglos, el desideratum universitario, pues sólo de ese modo se consigue dignificar el conocimiento de la verdad. De ahí que los catedráticos sólo pueden ser elegidos en razón de su capacidad científica, filosófica o profesional en la rama correspondiente. **Toda intervención de la política partidista en la enseñanza es perjudicial.** El político es el peor enemigo de esta Casa, y su participación en nuestras actividades debe ser combatida con vigor, en forma decidida y enérgica, tanto por profesores como por estudiantes. La Casa Universitaria es el hogar sereno de la ciencia y no puede soportar en su seno la cizaña de la política partidista". Y el ya citado Rector de la Universidad Nacional del Plata, refiriéndose a sus realizaciones electorales, puntualizaba: "Puede haber agregado que los actos de elección universitaria habían sido libres, ajenos, totalmente a la política subalterna de presiones, de complacencias, de dádivas, que todo lo enloda, que abate los caracteres y ensucia las conciencias".

La historia del fracaso universitario en España puede servirnos de ejemplo elocuente y doloroso. Las agitaciones promovidas en este siglo por los distintos partidos políticos españoles y fraguadas en los sindicatos, comités y sinagogas partidistas fueron a desembarcar en las aulas universitarias con sus consiguientes desastres. La política encontró una Universidad desguarnecida, sin espíritu de trabajo ni ideales de sabiduría. Era un simple refugio para que acam-

para la holganza y se guareciera entretenidamente y en deliciosa camaradería con la ociosidad. El escritor izquierdista español Emilio González López en su libro "Espíritu Universitario", estampa estas amargas líneas: "La calle se imponía a la Universidad ya que esta carecía del suficiente vigor para interesar a los estudiantes en sus cuestiones propias". Realmente la Universidad española dejaba de un lado los magnos problemas que interesaban a la juventud, mientras los especímenes políticos corroían la blanda corteza juvenil, impregnándola de odios y bajos apetitos de rebeldía. Por este camino se arribó pronto al subyugamiento de la Universidad hasta situarla como dependencia de las fuerzas políticas que flameaban en las barriadas. Los disturbios en los claustros eran fomentados por los dirigentes políticos y la anarquía era la única flor de aquel fangal. El mismo doctor González López nos dice, hablando de las huelgas universitarias: "Otras veces la protesta parecía tener un origen y carácter pura y exclusivamente docente: parecía circunscribirse a la Universidad, pero allá en el fondo latía un móvil reprochable, indigno de catalogarse como universitario, por la lamentable finalidad del mismo: estas eran las huelgas para no asistir a clase, las huelgas que se iniciaban en la proximidad de las vacaciones: eran las huelgas para no estudiar. Y en ocasión de estos conflictos estudiantiles, las Juntas Directivas de las Asociaciones —órgano visible de un organismo invisible— actuaban obligadas por el impulso de la opinión pública general en el caso de las huelgas de **marcado carácter político**, o por el influjo coaccionador de la mayor parte de la masa estudiantil cuando se trataba de huelga de pura holganza". En esta forma la Universidad española quedó sumergida en la batahola política y los ideales de cultura naufragos y desolados perecieron en la vorágine de la multitud.

Es preciso recoger la experiencia dolorosa de otros pueblos y transplantarla ante nuestras miradas para evitar los desplantes y miserias en que ellos cayeron. Vivir en función de futuro para hacer una patria grande y con incommovibles cimientos de eternidad. Los estudiosos tienen los más difíciles y responsables deberes de asegurar para la sociedad los mejores caminos de redención y de progreso. Con una Universidad desinteresada de los pobres apetitos políticos y empistada derechamente hacia la cultura, se logrará el hombre equilibrado y científico que el mundo aguarda. La formación de la juventud significará la unión entre el presente y el futuro de nuestros destinos históricos. Y no como en la actualidad acontece. "El estudioso de hoy no se sitúa en el presente; ama a la palabra, pero sólo la palabra que no implica dictámen, que no se abandera, que no ejecuta acción alguna. Mientras el hombre de otros siglos cultivaba el pasado sin sustraerse a los rumores del presente, haciéndolos surgir entre sus contemporáneos con el relieve de una estatua entre los árboles, el escolar de hoy, en su función de tal, abandona el presente y se refugia en el pasado, donde todos los hombres son de mármol".

LA UNIVERSIDAD COMERCIAL

Las aspiraciones de un ideal universitario no pueden ser comunes a todas las universidades, por la misma índole de las gentes, sus diferencias raciales y culturales, los problemas disímiles en el orden geográfico y económico. De ahí que las naciones tengan que conformarse a sus necesidades y orientar la educación por los senderos que atraviesen todas las realidades patrias, para que se impregne en ellas y escrute sus intrincados problemas, que son distintos para cada núcleo humano. Pues bien ha dicho Miguel G. Abastos: "Concebir los fines de la Universidad alemana, por ejemplo, no significa definir valores universales válidos para todas las universidades del mundo. Vista como la alta expresión de la cultura de un país determinando, la Universidad tiene un indudable sentido de limitación geográfica. El ideal universitario de un pueblo —logrado a través de varios siglos y fiel expresión de su idiosincrasia nacional— puede ser distinto del de otro pueblo. Cada Universidad tiene, además, sus propios problemas para los cuales debe buscar sus propias soluciones. Con todo, y no obstante este relativismo, hay notas permanentes y genéricas en la definición de la Universidad, quien quiera que sea el definidor".

"Por encima de toda limitación de tiempo y espacio, la Universidad es una idea, un ser de vitalidad imperecedera, que en la totalidad y armonía de sus partes constitutivas refleja la unidad cósmica del universo". Es tan marcada la diferencia que se advierte en las modalidades de los distintos pueblos, que hasta en una misma nación se contemplan perfiles diferentes que hay que observar desde puntos de vista opuestos. El Doctor Fernando Gómez Martínez estudia este último aspecto de la educación universitaria en su importante libro "Contra centralismo descentralización". Y al efecto, estampaba: "En vez de fijar en aquel p^énsum un ^mínimun de materias—algo así como la armadura esencial de cada profesión—se determinan todas, como si las orientaciones culturales de la nación hubieran de ser las mismas en todas partes, y como si las características geográficas, climatéricas, industriales, sociales y económicas no jugaran papel en tales orientaciones. Nada se deja para consultar las peculiaridades de las diversas regiones. Contra lo que la técnica y la razón indican, la uniformidad se hace norma para aquella diversidad de condiciones. Si al menos acertaran los ^dómines, pero el p^énsum es siempre una obra recargada de materias, algunas de las cuales podrían ser cambiadas por otras más acordes con los rumbos culturales de cada sección y los imperativos vitales que las mueven, y así resulta, en virtud de ese recargo, que ciertas facultades tienen que prescindir de incluir asignaturas que desearan tener, para no exagerar el número en cada carrera y para no alargar demasiado los años de estudios". Que nos sirvan como premisas los conceptos anteriores para afirmar rotundamente: Colombia, por la dirección que viene empistada, necesita una Universidad Comercial. Si esta universidad no puede sa-

tisfacerse íntegramente por las deficiencias de todo orden que todos conocemos, al menos podía llamarse, en parte, con facultades anexas a la Universidad. Tal como se viene haciendo en la Universidad Bolivariana. En Europa las más preclaras universidades, como la de Oxford y Cambridge, las de Manchester, Lieja y Lovaina, etc., tienen su Facultad de Comercio.

Qué importancia reportaría para Colombia la fundación de una Universidad Comercial? Ya puede vislumbrarse. Basta fijarse detenidamente en la actual situación comercial del país. La inmoralidad, la especulación y el bucanerismo hacen la más fulgurante carrera. Todos los esfuerzos del gobierno por controlar los precios y las importaciones resultan fallidos. Porque como se dice comúnmente: "Entre gentes inmorales, hecha la ley, hecha la trampa". De todas las enseñanzas que la guerra nos está brindando, ninguna más fecunda que la que nos muestra, en todas sus dimensiones, los vicios y flaquezas de la actual organización social y de los programas educativos vigentes. Quien escudriña con ánimo desprevenido las múltiples dificultades que cotidianamente afloran en el marco económico del país, se dará cuenta cabal de que la política menguada y el interés comercial de bajos quilates morales, son los autores natos del desequilibrio nacional. Este es el resultado lógico de nuestra impreparación, y del abandono, por parte de la Universidad, de cuanto constituye estudio meditado de los problemas y dificultades que acongojan a la familia colombiana.

El significado de la Universidad Comercial es muy alto, porque tiende a modelar una de las fuerzas creadoras de mayor influencia con que cuentan las naciones modernas. El comercio y la economía representan para nuestro tiempo el alma motora de su máximo impulso. Las funciones comerciales cobijan un inmenso sector de la vida social, y en oleadas arrolladoras invaden los predios de la política y el gobierno. Mas acontece que todo ese conglomerado humano dedicado a los menesteres comerciales, en su generalidad, carece de conocimientos universales sobre muchas materias que son indispensables para cumplir benéfica y honorablemente su cometido. Las disciplinas universitarias forjarían un tipo de comerciante acomodado a las más severas normas éticas. Y en lo práctico se solucionarían a las regiones del país sus problemas, en beneficio de la economía y el progreso en general. Aún más, dejarían de presentarse copiosamente, como hoy sucede, los obstáculos que impiden el normal funcionamiento de la legislación social. Porque es conveniente subrayar que no son los abogados, ni los médicos, ni los ingenieros, ni los agrónomos, los que originan los conflictos de la marcha social. Ellos han recibido las enseñanzas universitarias y su moral se ha alquilatado a través de la meditación y el conocimiento de los valores superiores; han aprendido que en el orden terrenal hay una jerarquía que alcanza hasta Dios y que los valores más nobles se colocan encima de los percederos y contingentes. En suma, la filosofía ha nutrido sus inteligencias y creado en ellas el gran sentido de la valo-

ración trascendental. Por el criterio común se ha considerado la profesión mercantil como insignificante y mezquina; nada que esté más lejos de la verdad y la razón. Lo que ha ocurrido es un fenómeno de desadaptación y de descrédito. Todos vemos que las personas fracasadas en otras actividades afluyen al comercio en proporciones alarmantes. De ahí que la labor inicial de purificación se encamine a levantar el nivel actual y a colocar el comercio en la posición que le corresponde. Spengler en su magistral obra: "La decadencia de occidente", al hablar sobre los más grandes genios de la filosofía hace estas consideraciones concluyentes: "Yo sostengo que muchos inventores, diplomáticos y financieros de hoy son mejores filósofos que todos esos que se dedican al vulgar oficio de la psicología experimental".

Como la inteligencia humana está obligada a dar abundantes frutos para el bienestar social, no puede abandonarse al ocio poético de construcciones puramente ideales. Esto lo han comprendido los más esclarecidos filósofos de todos los tiempos. Su filosofía se ha resuelto en formas de vida practicables y en actuación real sobre las dificultades diarias de la sociedad. Spengler, en la misma obra citada, anota: "Un filósofo que no se apodera también de la realidad y la domina no es nunca de primera fila. Los presocráticos fueron grandes **mercaderes y políticos**. Platón estuvo a punto de perder la vida por querer realizar sus ideales políticos en Siracusa. El mismo Platón descubrió la serie de teoremas geométricos que permitieron a Euclides construir el sistema de la matemática antigua. Pascal, a quien Nietzsche conoce sólo por el cristiano roto. Descartes, Leibnitz, fueron los primeros matemáticos de su tiempo". Las anteriores apreciaciones muestran apodóticamente que las altas y virtuosas ocupaciones del hombre no están reñidas con los ajetreos del comercio ni la técnica de las profesiones. Antes, puede decirse que le infunden espíritu y cristianizan sus prácticas. Lo que ha sucedido es que, tanto los comerciantes como sus críticos, éstos en sus apreciaciones y aquéllos en sus obras, han "descendido de la perspectiva del pájaro a la perspectiva de la rana".

La instrucción comercial debe ser tan intensa como cualquier otra, y, quizá más rica en conocimientos generales que son tan indispensables en el ejercicio de la profesión. Porque, como dice Luis Chalbaud: "Es preciso elegir aquellas disciplinas que los habiliten para relacionarse con sus inferiores y colaboradores, conocer sus necesidades, su cometido, saber sobre todo organizar y armonizar sus trabajos, apreciar sus dictámenes, saber pedirlos y entenderlos y conocer para ello algo del abogado, no poco del ingeniero, mucho del contador y muchísimo, sobre todo, del economista práctico que armoniza esas profesiones y las utiliza para hallar con beneficio propio el auge del orden económico en alguno de sus momentos". Este aprendizaje requiere un período completo de bachillerato y facultad, tal como se hace en el Export-Academie de Viena o en el Handels-Hochschule de Berlín. Con la fundación de facultades serias, depen-

dientes de la Universidad, se acabaría con muchas escuelas de comercio, mediocres y funestas, resumidero de todos los rezagos”.

Para acometer la portentosa obra de una Universidad Comercial, en Colombia, las reservas nacionales tienen que movilizarse cohesionadas y armónicas. El gobierno o las entidades particulares apenas pueden llegar a la fundación de facultades pero les quedaría difícil construir una Universidad de este tipo. De todos modos hay que acudir a la cooperación como único medio de realizar los más gigantescos proyectos. Las entidades comerciales como las inmediatamente interesadas en la modelación de sus futuros colaboradores, están llamadas a propender por la instrucción y a ampararla con munificencia. Entre muchos ejemplos que pudiéramos citar de los distintos países donde los comerciantes se han unido para auspiciar la enseñanza comercial de los grandes institutos, mencionamos la Handels-Hochschule de Berlín, fundada por la cooperación de comerciantes. Estas clases de cooperaciones son las moralizadoras del comercio porque fincan sus aspiraciones en la solidaridad, el justo precio y el bien social. Como siempre, los sistemas cooperativos resuelven, desde la raíz, todos los conflictos que atormentan la vida contemporánea. En suma, queremos para Colombia una Universidad jerárquica sumergida en los hontanares de la investigación y la sabiduría. Despojada de prejuicios y empadronada en la cultura universal. Donde las promociones que alborean encuentren un contenido de patria porque allí se estudian todos sus problemas y se le marcan rutas a su historia. Esperamos el amanecer augural de nuestra Universidad, donde se hermanen los tres manantiales de la vitalidad humana: ciencia, virtud y religión.

Carlos Mario Londoño M.

(Especial para “Universidad Católica Bolivariana”).

